

Espiritualidad cristiana

Miguel Ángel Ruiz Albert

Objetivos:

- 1º. Saber **qué es** la *espiritualidad cristiana* → para tener elementos con los que poder **revisar** nuestra vida cristiana → y **vivir mejor** nuestra vida cristiana
- 2º. Saber **qué no es** la *espiritualidad cristiana* → tener elementos con los que poder **revisar** y detectar esos elementos y así → **evitar** esas desviaciones.
- 3º. Conocer la riqueza y **variedad de expresiones** de la *espiritualidad cristiana* en el pasado y el presente → para **apreciarlas, entenderlas**, situarnos en la que nos corresponde.

Contenidos (temario)

- I. **Claves** de espiritualidad cristiana (primera parte, 20 septiembre)
 1. Fundamentos
 2. Definición
 3. Elementos clave
- II. **Desviaciones** de la espiritualidad cristiana (segunda parte: 18 octubre)
- III. **Variedades** de la espiritualidad cristiana (tercera parte: 15 noviembre)

Primera parte. Claves de espiritualidad cristiana (20/09/2024)

1. Fundamentos

¿Por qué hacen falta “fundamentos”?

- Aquello que **creemos** -con la razón y con la experiencia entera del ser humano- (nuestra fe como encuentro) es **fundamento** de la espiritualidad → debemos conocer nuestra fe para poder perfeccionar nuestra espiritualidad
- No basta con seguir a ciegas la tradición

...es gran cosa letras, porque éstas nos enseñan a los que poco sabemos y nos dan luz y, llegados a verdades de la Sagrada Escritura, hacemos lo que debemos: **de devociones a bobas nos libre Dios**. (Santa Teresa de Ávila, Libro de la Vida, cap. 13, 16)

¿Cuáles son los fundamentos?

1º. Somos cristianos porque creemos en Cristo, la piedra angular de nuestra vida y de la historia. La encarnación de Dios que, con hechos insondables, todo lo hace pleno y lleno de sentido.

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. (Jn 15, 1).

La realidad fundante de toda espiritualidad: el encuentro con el Hijo de Dios que viene a ser respuesta a todas las ansias de verdad, bondad, unidad y belleza que el hombre tiene. Esta es la realidad fundante y estructurante de la identidad cristiana.

Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva (Benedicto XVI, Deus caritas est, 1).

Esta experiencia tiene su clave en la encarnación de Cristo y, más aún en su pasión muerte y resurrección. En palabras de Guillermo Rovirosa:

La encarnación de Dios en Jesús de Nazaret es la clave interpretativa para desvelar tanto el misterio de cada uno de nosotros, como el sentido de la propia historia y del universo

La resurrección no solo fue la prueba decisiva de su divinidad, sino que cambió en éxitos los aparentes fracasos anteriores. Así la muerte en cruz aparece como su gran victoria sobre la muerte, en la que todos hemos encontrado la vida verdadera, en la medida en que la aceptamos para nosotros.

Desde entonces el espíritu de Amor ha cambiado la faz de la tierra... el único fermento auténtico de progreso en la historia es el amor expresado en el mandamiento nuevo y alentado por el ES

2º. Los cristianos somos transformados por el bautismo y nos incorporamos a Cristo, al Amor de la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo)

Yo soy la vid verdadera (...) permaneced en mí y yo en vosotros... Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. (Jn 15, 1-5).

Decimos que nuestra vida de fe o vida de bautizados, pero esta vida no es la vida “natural” del ser humano sino la vida sobrenatural de la gracia que se recibe en el bautismo → es la vida transformada por Dios Trinidad.

Según Pablo:

«Todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo» (Ga 3, 27; cf. Ef 4, 22-24; Col 3, 9-10).

Palabras de [San Agustín](#) (citadas en CFL 17)

¡Alegrémonos y demos gracias: hemos sido hechos no solamente cristianos, sino Cristo (...). Pasmaos y alegraos: ¡hemos sido hechos Cristo!

Palabras de [San Máximo, Obispo de Turín](#), a quienes habían recibido el Bautismo (citadas en CFL 17)

¡Considerad el honor que se os hace en este misterio!

Dice Sto. Tomás:

«El Hijo Unigénito de Dios, queriendo hacernos participantes de su divinidad, asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, hiciera dioses a los hombres» (Opúsculo 57 in festo Corp. Chr., 1)

Según Rovirosa:

El Bautismo siembra el germen de Cristo (Hombre Nuevo) que entra en lucha con el hombre viejo.

Esta incorporación la expresa la [parábola de la vid y los sarmientos](#)

soy la vid verdadera (...) permaneced en mí y yo en vosotros... Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. (Jn 15, 1-5).

Con estas sencillas palabras nos es revelada la misteriosa comunión que vincula en unidad al Señor con los discípulos, a Cristo con los bautizados;

una comunión viva y vivificante, por la cual los cristianos ya no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid (CFL 18)

Esta incorporación supone que la vida de la persona es ya una vida compartida con la Trinidad: la espiritualidad es el resultado del encuentro transformador de esos dos espíritus, el de Dios y el del hombre.

Con el bautismo recibimos la Gracia del Espíritu que nos transforma y nos incorpora a Cristo.

La espiritualidad es la nueva vida del hombre transformado por Dios a través del bautismo.

En este sentido sería vida de unión con Dios, que se sostiene en la oración y se culmina con la eucaristía. Todos los sacramentos conllevan infusión de la Gracia.

3º. Esta incorporación a Cristo une a nuestros hermanos: a todos los hombres = comunión y Cuerpo Místico (Iglesia)

Yo soy la vid verdadera (...) permaneced en mí y yo en vosotros... Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. (Jn 15, 1-5).

El amor de Dios no es exclusivo. Dios es Amor en sí mismo, es Trinidad donde nace y vive el Amor. Su amor es expansivo. La creación del Padre que entrega a sus criaturas, la encarnación del hijo para salvar a su criatura, ya sus hermanos, la vivificación de sus vidas por el ES.

De modo que el que se une en comunión a la trinidad se une a los hermanos: todos unidos en un solo bautismo: Pueblo de Dios, Iglesia.

Según Pablo:

«nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo» (Rm 12, 5).

La vida del bautizado es entonces vida compartida no sólo con Dios sino con sus hermanos, formando el **Cuerpo Místico** que es la Iglesiaⁱ.

El cuerpo son los fieles y Cristo es la cabeza de este cuerpo.

La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, es decir edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. 1 Co 10, 16 s.) (CFL 19).

Por ello CFL dice:

La Iglesia misma es, por tanto, la viña evangélica [vid+sarmientos]. Es misterio porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn 3, 5), llamados a revivir la misma comunión de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia (misión): «Aquel día —dice Jesús— comprenderéis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14, 20). (CFL 8)

Ella [la Iglesia] es la Viña elegida, por medio de la cual los sarmientos viven y crecen con la misma linfa santa y santificante de Cristo; es el Cuerpo místico, cuyos miembros participan de la misma vida de santidad de su Cabeza, que es Cristo; es la Esposa amada del Señor Jesús, por quien Él se ha entregado para santificarla (cf. Ef 5, 25 ss.). El Espíritu que santificó la naturaleza humana de Jesús en el seno virginal de María (cf. Lc 1, 35), es el mismo Espíritu que vive y obra en la Iglesia, con el fin de comunicarle la santidad del Hijo de Dios hecho hombre.

Ella [la Iglesia] es la Viña elegida, por medio de la cual los sarmientos viven y crecen con la misma linfa santa y santificante de Cristo; es el Cuerpo místico, cuyos miembros participan de la misma vida de santidad de su Cabeza, que es Cristo; es la Esposa amada del Señor Jesús, por quien Él se ha entregado para santificarla (cf. Ef 5, 25 ss.). El Espíritu que santificó la naturaleza humana de Jesús en el seno virginal de María (cf. Lc 1, 35), es el mismo Espíritu que vive y obra en la Iglesia, con el fin de comunicarle la santidad del Hijo de Dios hecho hombre (CFL 16)

También, en este sentido la cruz es muy pedagógica, porque une verticalmente a Dios con los hombres y horizontalmente a los hombres entre sí, siendo esto posible por el punto medio del Hijo.

La espiritualidad como vida del bautizado, incorporado a Cristo es vida de comunión con los hermanos. Es vida de oración comunitaria. Vida de sacramentos en la Iglesia.

Esta incorporación la expresa la [parábola de la vid y los sarmientos](#)

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador (...). Permaneced en mí, y yo en vosotros. Yo soy la vid; vosotros los sarmientos (Jn 15, 5). (Jn 15, 1-5)

Así lo comenta CFL

...imagen que da luz no sólo para comprender la profunda intimidad de los discípulos con Jesús, sino también la comunión vital de los discípulos entre sí: todos son sarmientos de la única (CFL 12).

Con estas sencillas palabras nos es revelada la misteriosa comunión que vincula en unidad al Señor con los discípulos, a Cristo con los bautizados; una comunión viva y vivificante, por la cual los cristianos ya no se pertenecen a sí mismos, sino que son propiedad de Cristo, como los sarmientos unidos a la vid ... La comunión de los cristianos con Jesús tiene como modelo, fuente y meta la misma comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo: los cristianos se unen al Padre al unirse al Hijo en el vínculo amoroso del Espíritu.... La comunión de los cristianos entre sí nace de su comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única Vid, que es Cristo. El Señor Jesús nos indica que esta comunión fraterna es el reflejo maravilloso y la misteriosa participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (CFL 18)

Jesús pide:

Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado (Jn 17, 21).

Por eso la fe se cimienta en la Iglesia que custodia y transmite la palabra, el bautismo se recibe en la Iglesia, en la eucaristía Dios se parte y reparte a través de los ministros ordenados en representación de Cristo.

San Cipriano, citado por CFL 18 presenta la Iglesia universal como

"un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"

Al inicio de la celebración eucarística, cuando el sacerdote nos acoge con el saludo del apóstol Pablo: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros» (2 Co

13, 13), se nos recuerda habitualmente este misterio de la Iglesia-Comunión (CFL 18)

4º. El amor de Dios a los hombres es el amor de un Dios que se encarna por sus criaturas encarnadas y así las justifica para la vida eterna. De un Dios que muere para ello con sufrimiento terrenal. Es, por tanto, un amor de carne y hueso, no solo ideal; es amor que dignifica la materia: obras son amores y no buenas razones. = Reino de Dios, solidaridad y nos envía a la misión.

El Reino de los Cielos es semejante a un propietario, que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña» (Mt 20, 1-2).

La encarnación de Dios es un hecho histórico, tiene fecha. La encarnación de Dios cambia la historia: el día que Cristo fue clavado en la cruz y por mérito de este Amor –hasta entonces desconocido-- y hecho carne, resucitó, inaugurando la vida eterna para los hombres.

Tal amor encarnado pone en valor la persona, la carne humana que Jesús encarno y la humanidad que amó y exige que las condiciones de vida de toda persona sean acordes a su dignidad de hijos amados de Dios.

Un mundo donde todos los hombres pueden vivir acordes a su dignidad es el Reino de Dios (que en este mundo histórico sólo empieza y se culmina en el cielo)

EL cristiano puede [debe], a su modo, repetir las palabras de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ha ungido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2). De esta manera, mediante la efusión bautismal y crismal, el bautizado participa en la misma misión de Jesús el Cristo, el Mesías Salvador (CFL 13)

Es tarea del cristiano construir ese Reino y, por ello forma parte de la espiritualidad esa tarea.

La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su *inserción en las realidades temporales* y en su *participación en las actividades terrenas*. ... deben

santificarse en la vida profesional y social ordinaria. Por tanto, para que puedan responder a su vocación, los fieles laicos deben considerar las actividades de la vida cotidiana como ocasión de unión con Dios y de cumplimiento de su voluntad, así como también de servicio a los demás hombres, llevándoles a la comunión con Dios en Cristo (CFL 17)

Esto lo expresa la parábola de los obreros y la viña.

«El Reino de los Cielos es semejante a un propietario, que salió a primera hora de la mañana a contratar obreros para su viña. Habiéndose ajustado con los obreros en un denario al día, los envió a su viña» (Mt 20, 1-2).

Así lo explica CFL

Los fieles laicos (Christifideles laici), cuya «vocación y misión en la Iglesia y en el mundo a los veinte años del Concilio Vaticano II» ha sido el tema del Sínodo de los Obispos de 1987, pertenecen a aquel Pueblo de Dios representado en los **obrerros de la viña**, de los que habla el Evangelio de Mateo: La parábola evangélica despliega ante nuestra mirada la inmensidad de la viña del Señor y la multitud de personas, hombres y mujeres, que son llamadas por Él y enviadas para que tengan trabajo en ella. **La viña es el mundo entero** (cf. Mt 13, 38), que debe ser transformado según el designio divino en vista de la venida definitiva del Reino de Dios. (CFL 1)

El campo de siembra y crecimiento del Reino de Dios (no el de consumación y cosecha) es el entramado de relaciones y acontecimientos en que consiste la historia humana. El Reino de Dios empieza aquí, aunque se consuma en el cielo.

La tarea en la viña la realizan los laicos en su día a día, santificándose a ellos:

La vocación a la santidad está ligada íntimamente a la misión y a la responsabilidad confiadas a los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. [...] Ante la mirada iluminada por la fe se descubre un grandioso panorama: el de tantos y tantos fieles laicos —a menudo inadvertidos o incluso incomprensidos; desconocidos por los grandes de la tierra, pero mirados con amor por el Padre—, hombres y mujeres que, precisamente en la vida y actividades de cada jornada, son los obreros incansables que trabajan en la viña del Señor; son los humildes y grandes artífices —por la potencia de la gracia de Dios, ciertamente— del crecimiento del Reino de Dios en la historia (CFL 17)

«corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios» (LG 31).

A esta tarea los laicos ponen en juego el Amor o Caridad de Dios como caridad política (orientada a la polis) como la denominaba Pablo VI que aludía a ella diciendo:

«El campo propio de su actividad evangelizadora [de los laicos], es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento, etc.» (Evangelii Nuntianti, 70).

Y así lo decía Juan Pablo II en un famoso discurso

Repito, una vez más, a todos los hombres contemporáneos el grito apasionado con el que inicié mi servicio pastoral: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas tanto económicos como políticos, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo Juan Pablo II, Homilía al inicio del ministerio de Supremo Pastor de la Iglesia (22 Octubre 1978)

5º. Esta incorporación a Cristo nos llama a la misma perfección del Dios al que nos incorporamos = santidad

«El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5)

El Amor que se exige no es cicatero, sigue la regla del Mandamiento Nuevo, es el amor con que se ama la Santísima Trinidad y, por ello conlleva un hacer nuevas todas las cosas. Es un honor poder tener este encargo del padre, que nos permita ser constructores del Reino.

... el apóstol [Pablo] nos amonesta diciendo: «Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, **dando**

gracias por su medio a Dios Padre» (Col 3, [...]) Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un **signo luminoso del infinito amor del Padre** que les ha regenerado a su vida de santidad. Tal vocación, por tanto, constituye una componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal, y, en consecuencia, un elemento constitutivo de su dignidad (CFL 17)

En la parábola es la imagen del “dar **fruto**”

«El que permanece en mí como yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5)

6º. El pecado

soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto» (Jn 15, 1-2).

«Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego lo recogen, lo echan al fuego y lo queman» (Jn 15),

El seguimiento de Cristo y la fe son actos libres. También el bautismo que nos abre las puertas de la Gracia y de la santidad: debe ir acompañado del acto de libertad (que en el bautismo de niños lo hacen los padres y padrinos pero que debe refrendarse en la confirmación) antes del matrimonio hay que enamorarse: confiamos en el Amor que nos revela Cristo (el Amor de Dios Trinidad) y nos entregamos a él nos incorpora a la vida nueva y a la Iglesia.

La fidelidad a este seguimiento es también obra de la libertad

El rechazo a la vida en Cristo hace caer al hombre en el pecado y este puede conducir a su (voluntaria) destrucción eterna

Lo que expresa la parábola de la vid y los sarmientos como **cortar** la vid.

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo **corta**, y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto» (Jn 15, 1-2).

«Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca; luego lo recogen, lo echan al fuego y lo queman» (Jn 15, 6).

2. Definición

Según lo expuesto, la espiritualidad cristiana es el esfuerzo continuado de perfección de vida (santidad) realizado por cada cristiano a partir de la Gracia del bautismo mediante la comunión con el Dios-Amor-Trinidad de nuestro credo y con todos sus hijos, nuestros hermanos, formando el Cuerpo Místico que es la Iglesia, construyendo el Reino de Dios y su Justicia (en los ámbitos personal, ambiental e institucional) y viviendo el Mandamiento Nuevo. Se nutre de los sacramentos, la oración y se proyecta en todas las esferas de la vida de la persona.

Christifideles laici, 16 (Exhortación apostólica post-sinodal de san Juan Pablo II titulada *Sobre vocación y misión de los laicos en la iglesia y en el mundo –1987--*)

La **vida** según el **Espíritu**, cuyo fruto es la **santificación**, suscita y exige de todos y de cada uno de los bautizados el seguimiento y la imitación de Jesucristo, en la recepción de sus Bienaventuranzas, en el escuchar y meditar la Palabra de Dios, en la participación consciente y activa en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia, en la oración individual, familiar y comunitaria, en el hambre y sed de justicia, en el llevar a la práctica el mandamiento del amor en todas las circunstancias de la vida y en el servicio a los hermanos, especialmente si se trata de los más pequeños, de los pobres y de los que sufren.

3. Elementos de espiritualidad cristiana

Aspectos de la espiritualidad:

a) Espiritualidad como acontecimiento de encuentro con Dios (la vid) y los demás (sarmientos).

- ❖ **La realidad fundante de toda espiritualidad es el encuentro con el Hijo de Dios.**
 - Encuentro con la humanidad. Historia de la humanidad: encarnación de Dios, revelación y, sobre todo, pasión-muerte y resurrección.
 - Encuentro personal con cada uno. Historia personal: conversión y bautismo/confirmación/comunión (iniciación cristiana)
- ❖ **Es a base de ulteriores encuentros cada vez más profundos con el misterio de Dios donde la espiritualidad se alimenta.**

Para los grandes místicos como **S. Juan de la Cruz** la vida espiritual es una ascensión en el Amor que nos es dado por la Trinidad y que tiende a la unificación con Aquel que es su fuente y su meta.

los Padres sinodales [han] descrito la formación cristiana como «un continuo proceso personal de maduración en la fe y de configuración con Cristo, según la voluntad del Padre, con la guía del Espíritu Santo (CFL 57)

- En la eucaristía-comunión (cuerpo real, eucarístico)
 - Comunión
- En la eucaristía-liturgia:
 - Adoración y alabanza
 - Oración -vocal-
 - Escucha de la palabra
 - Conmemoración-actualización del acontecimiento histórico que permitió el encuentro: pasión, muerte y resurrección
- En los pobres (rostro de cristo): parábola del juicio final
- En la oración personal o comunitaria (liturgia de las horas, oración personal, oración activa)

b. Espiritualidad como camino: ascesis, esfuerzo, conversión

Para místicos como **San Juan de la Cruz** en esa subida al lugar del convite presidido por la Trinidad, las noches oscuras son etapas necesarias de purificación.

Esta purificación se expresa como **poda** en la parábola de la vid y los sarmientos:

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo poda para que dé más fruto» (Jn 15, 1-2).

❖ Formación cristiana (CFL 60)

- Doctrinal: no se ama lo que no se conoce: profundizar en la fe
- En Doctrina Social de la Iglesia

En este diálogo entre Dios que llama y la persona interpelada en su responsabilidad se sitúa la posibilidad —es más, la necesidad— de una formación integral y permanente de los fieles laicos, [...] han afirmado claramente que «la formación de los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de la diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad (sacerdotes, laicos y religiosos) concurren a este fin» (CFL 57)

❖ Formación del carácter o sensibilidad para el mandamiento nuevo

- Cultivo de virtudes teologales: fe, esperanza, caridad
- Cultivo de virtudes cardinales: sabiduría, fortaleza, templanza y prudencia.
- Cultivo de la pobreza: el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza
- Cultivo de la humildad
 - aprended de mí que soy manso y humilde de corazón
 - negarse a sí mismo
 - el que quiera ser el primero
- Cultivo del sacrificio: **aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad.**

Dice el Concilio hablando de los fieles laicos: «Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 P 2, 5) (CFL 14)

- Cultivo de las bienaventuranzas

❖ Desarrollo de la vida fraterna, de comunión en el mundo (la viña)

- En la familia
- En la profesión
- En la vida política, económica, cultural, social

❖ Mirada de fe de la realidad

«es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe [...] y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre [...] recibimos ojos nuevos, experimentamos que en él hay una gran promesa de plenitud y se nos abre la mirada al futuro» (Lumen Fidei, 4)

Pero la voz del Señor también pasa a través de las vicisitudes históricas de la Iglesia y de la humanidad, como nos lo recuerda el Concilio: «El Pueblo de Dios, movido por la fe que le impulsa a creer que quien le conduce es el Espíritu del Señor que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o del designio de Dios. En efecto, la fe todo lo ilumina con nueva luz, y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 11) (CFL 3)

→ Pensamos, además, en las múltiples violaciones a las que hoy está sometida la persona humana. Cuando no es reconocido y amado en su dignidad de imagen viviente de Dios (cf. Gn 1, 26), el ser humano queda expuesto a las formas más humillantes y aberrantes de «instrumentalización», que lo convierten miserablemente en esclavo del más fuerte. Y «el más fuerte» puede asumir diversos nombres: ideología, poder económico, sistemas políticos inhumanos, tecnocracia científica, avasallamiento por parte de los mass-media. De nuevo nos encontramos frente a una multitud de personas, hermanos y hermanas nuestras, cuyos derechos fundamentales son violados, también como consecuencia de la excesiva tolerancia y hasta de la patente injusticia de ciertas leyes civiles: el derecho a la vida y a la integridad física, el derecho a la casa y al trabajo, el derecho a la familia y a la procreación responsable, el derecho a la participación en la vida pública y política, el derecho a la libertad de conciencia y de profesión de fe religiosa. (CFL 5)

- Los cristianos viven en medio del mundo, pero sabiéndose ciudadanos del cielo, como dicen S. Pablo
- Sólo esto permite arriesgar la vida, el bienestar y la seguridad propia y de la familia. Decían los apóstoles, en tiempo de persecución, afirmaban: «**Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres**» (Hch 5,29).
- Juzgar (y juzgarnos) según lo que exige el Mandamiento Nuevo

c. Espiritualidad como combate espiritual

El Papa Francisco nos recuerda que, no se trata solo [pero también] de un combate contra la mentalidad mundana o una lucha contra nuestra fragilidad y las propias inclinaciones, es un combate que tiene que ir contra la raíz misma de todo mal: el demonio y su obra (Cf. *Gaudete et Exultate*, 159-165).

- ❖ Frente interno: lucha contra la carne (que no es el cuerpo): la carne es el hombre (cuerpo y alma) sin la influencia del ES (sin la gracia); el espíritu (contrapuesto a la carne) es el hombre completo cuerpo - materia- y alma -inmaterial- pero santificado por la gracia.
 - Pecado personal
 - Caída y reconciliación (sacramento)
- ❖ Frente externo: lucha con el mundo -el mal objetivo-
 - El pecado social
 - El pecado estructural: denuncia y anuncio
 - Estructuras de pecado (Juan Pablo II en SRS, *Evangelium Vitae* y *Reconciliatio et Paenitentia*)
 - Estructuras de gracia

[los fieles laicos] Son igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social, como a expresar, con paciencia y valentía, en medio de las contradicciones de la época presente, su esperanza en la gloria «también a través de las estructuras de la vida secular» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia [*Lumen gentium*](#), 35) CFL 14

ⁱ Encíclica de Pío XII, *Mistici Corporis*, se contiene una visión de la Iglesia centrada en la imagen que el apóstol Pablo desarrolla en varias de sus cartas: Rom. 12; 1; Cor, 12